

## CASABLANCA

JOSÉ A. RAMÍREZ LOZANO

Si entré en aquel café fue sólo para llevármela. Yo había llegado esa mañana a Rabat con mi chaqueta blanca de dril y el canotiers de paja que me compró Zenobia.

Mi mujer, que todo me lo absolvía con su sonrisa mínima y paciente, no entendió jamás aquel viaje sin su compañía. Tan necesaria como me fue siempre, tan inútil yo sin ella. Créanme que lo siento, pero sucedió y fue de veras imperdonable que Zenobia no viniese conmigo. No sé si se debió, tal vez, a que la pasión a destiempo resulta en exceso ridícula y quise así ocultarle esa vergüenza. Porque, por lo demás, Zenobia misma había convivido con ella; los tres juntos en mi casa de Moguer, sin que pusiera reparo alguno. La verdad es que soportaba nuestra relación sin envidiar su juventud, aceptando nuestros encierros íntimos; desnudos yo y aquella mujer por el jardín, siempre entregados al juego aquel de los sentidos; correteando tras ella, tras de aquella risa suya fantástica y mojada que me enloquecía. ¡Oh Dios, qué días aquellos tan felices! Y qué complacencia tan ejemplar la de Zenobia. Nada le hacía desesperar. Ni siquiera un atisbo de celo llegaba a enturbiarle aquella dedicación tan apacible a la casa. Cuando nos veía volver del jardín, sedientos, gozosos, era ella misma quien le curaba los arañazos granas que las púas de los rosales habían dejado en sus pálidas carnes; y los moratones, aquellos moratones que le dejaban en las espaldas las lilas con que yo gozaba azotándola.

Desde luego, Zenobia debió saberlo. Pero cuando alguien que llega de tan lejos te dice un día que la ha visto entre los hombres, tan joven como siempre, pero impura, uno siente el reclamo de una dicha íntima y

toma la decisión de redimirla. Por eso acudí sólo. Por rescatarla sin que el mundo supiese su pecado ni el sufrimiento que entrañaba mi osadía.

Esa misma tarde cogí el autobús de línea hasta Sevilla y allí el Expreso de Algeciras. Apenas pude dormir. Era un tren horrible, cargado de hombres oscuros e inmundicias que hizo de aquella una vigilia sonámbula en la que su imagen, pura y mía un tiempo, se desvanecía ahora entre el humo agrio del tabaco ¡Qué iracundia de yel! Mientras la tuve, mientras fue sólo mía, era su propia candidez quien la alumbraba y alumbraba también, sin querer, la dicha ajena de los hombres ¡Ah! Pero un día no soportó ya más mi encierro y se marchó corriendo y muda hacia la noche.

Cuando llegué a Rabat sentí el extraño asco de una tierra impúdica y promiscua. Comí en mi habitación. Dormí hasta media tarde y mandé que me planchasen la chaqueta. Con el taxista que me trajo a Casablanca apenas si crucé palabra. La dirección que me habían dado era correcta, allí estaba el café. Entré a la vez con el temor y el ansia del que presiente revelársele una dicha antigua que, sin embargo, puede pagarle con desdenes, y me acerqué a la barra ¡Oh sí! Aún la creía pura y mía para siempre. Era ella. Sin duda que era ella, aunque ahora tuviese los labios de carmín y el alma negra de nicotina.

No sé si me reconoció, tan ridícula ella y yo tan viejo ya para el deseo. Tuvo, si acaso, un estremecimiento, una mirada esquiva que amparó la penumbra. Y nada más. Luego fue la perfidia lo que asomó a sus labios para entregarse entre el humo a la más baja y turbia de las seducciones. — ¡Oh, no —grité—. No la toquéis ya más!

Ella apagó con desprecio el pitillo y fue apoyando su lascivia perversa en la caoba del piano.

Y se fue desnudando y todos sonreían.

— ¡Os he dicho que no la toquéis ya más! —volví a gritarles, todavía en mi vieja locura de tenerla.

Pero esa noche terrible de café, entendí que era tarde y que ella no vendría conmigo. La supe para siempre comunal como el güisqui, impura como el sueño maldito de los hombres.

— ¡Tócala, Sam! —insistió Bogart.